

La "píldora" y el grupo 0

Una serie de instituciones científicas que se ocupan del efecto de la píldora reguladora del ciclo femenino (y contraceptiva) han encontrado que los riesgos de trombosis por formación de coágulos de sangre son menores en las mujeres cuyo tipo de grupo sanguíneo sea el 0 que en las otras. Es la conclusión que publica la famosa revista médica de Londres "The Lancet". "En el estado actual de nuestras investigaciones, encontramos que las mujeres aparentemente sanas del grupo sanguíneo 0 tienen un riesgo menor de desarrollar coágulos en las venas durante el embarazo, durante el período postnatal y mientras toman contraceptivos de tipo oral, que las mujeres de otros grupos sanguíneos". Se calcula que mientras entre el 40 y el 45 por ciento de las mujeres (de raza blanca) pertenecen al grupo 0 (el resto se divide en partes aproximadamente iguales entre el A, el B y el AB), solamente entre el 16 y el 23 por ciento de mujeres de ese grupo sufren coagulación en los estados descritos.

Esperanzas para los cardíacos

De acuerdo con los trabajos llevados a cabo en el hospital noruego de Drammen por los doctores Ritland y Lygren, parece que ya no resulta necesario proseguir por más de tres meses la terapéutica de los anticoagulantes para combatir el infarto de miocardio. Si se confirmara, esta conclusión liberaría a millares de enfermos de una servidumbre extremadamente fuerte y les evitaría vivir en un estado de angustia que, cuando se prolonga, agrava más la enfermedad que lo origina.

La observación se ha seguido sobre dos series de enfermos. Los de la primera estaban atendidos con anticoagulantes ininterrumpidamente, los segundos lo fueron solamente durante tres meses. Al cabo de un año, el número de las recaídas y de las muertes fue sensiblemente el mismo en las dos series de enfermos.

Contra la droga

La Organización Mundial de la Salud aboga en su último informe por el establecimiento de un control más riguroso de las drogas y los medicamentos susceptibles de crear una necesidad física o psíquica en los que las usan, sean enfermos o toxicómanos. Se trata, gracias a este control, de evitar la aparición de lo que se llama «el estado de fármaco-dependencia». Este estado se caracteriza por modificaciones de comportamiento y, principalmente, por un imperioso deseo de tomar el medicamento de modo continuo o con frecuencia, para gozar de sus efectos y evitar el sufrimiento que causa rápidamente su falta. La Organización Mundial de la Salud desearía que este control se ejerciera principalmente sobre las drogas hipnóticas, euforizantes o alucinógenas, siendo la más utilizada el cóclamo indio.

El cáncer "roldo"

Los médicos más informados del estado actual de la cuestión se asombran y deploran que, en la mentalidad del público, el cáncer sea todavía considerado como una enfermedad incurable que provoca indefectiblemente la muerte, a plazo más o menos corto. Citan estadísticas irrefutables que, en la actualidad, señalan un 40 por ciento de curaciones. Bajo el fuego cruzado de todas las armas de que dispone la Medicina, ya no hay duda de que el cáncer "retrocede" lentamente y que mata menos que antaño.

Se ha venido a considerar esta enfermedad como una especie de "desviacionismo" celular debido a un disfuncionamiento sufrido por mecanismos íntimamente complejos que ordenan las defensas inmunitarias del organismo. Es el descubrimiento de este denominador común a todas las formas de cáncer —más graves o más benignos— el que permitirá sin duda avanzar, de forma decisiva, en el camino de su curación.

HA MUERTO DANIEL VAZQUEZ DIAZ

A las tres y media de la tarde del día 17 de marzo murió, en Madrid, don Daniel Vázquez Díaz. Tenía ochenta y siete años. Tenía un hijo, una nieta y tres nietos. Tenía muchos discípulos que ahora son maestros de la pintura española. De manera que si su familia no fue muy numerosa, la familia de sus discípulos es larga y ancha y se extiende por toda la geografía española y algo más. Murió, pues, como mueren los patriarcas: murió tranquilo. Es natural, pues había terminado completamente su obra, una obra que consistió, en primer lugar, en haber ejercido el más fecundo de los magisterios a favor del nuevo arte de la pintura española y, en segundo lugar, en haber acabado la más perfecta iconografía hispánica del primer cuarto de nuestro siglo. Los retratos de Vázquez Díaz fueron siempre "obra de museo" y, como tal, ya pueden pasar con todos los honores al museo.

Mis amigos de la extrema vanguardia no entenderán nunca —lo sé por experiencia— la admiración que siento por la obra de Vázquez Díaz. Es igual: mi amigo Vázquez Díaz tampoco entendió nunca mi admiración por la pintura de la extrema vanguardia. En «Destino», de esta misma semana, se publica una entrevista de Baltasar Porcel con el maestro aún vivo —sin duda, la última entrevista de Vázquez Díaz—, y arremete, una vez más, contra Tapies y Miró. Es lógico, puesto que él no entendía, no podía entender... En cambio, ¿cómo entendió a

la obra de sus discípulos, ninguna de las cuales se parecía a la suya propia? Aquella noche, velando el cadáver del maestro, estaban muchos de sus antiguos discípulos: estaban allí Pedro Bueno, Pepe Caballero, Juan Manuel Díaz Caneja, Juan Antonio Morales, Cristino de Vera, Mignoni... Decía Juan Manuel Díaz Caneja que lo mejor que se podía decir del magisterio de don Daniel era que ningún discípulo se había sentido atado a su estilística; que él había sabido desarrollar en cada uno la dirección íntima de su propio arte. Es curioso: estos dis-



cípulos de Vázquez Díaz podrán vivir cada uno por su lado y mantener entre ellos esa rivalidad que ya sabemos que el arte promueve; pero cuando están convocados por algo que se refiere a Vázquez Díaz, se sienten en familia, recuerdan sus anécdotas y su pequeña y entrañable picaresca. Seguramente Javier Clavo estaría fuera de Madrid o habría pasado ya por esta casa: él es uno de los discípulos que guardan fervorosamente el recuerdo y el respeto de su maestro. Y es que —como yo le dije aquella noche a Caneja— don Daniel era una rara especie de maestro, cuya virtud principal consistía en que él había sabido serle fiel a sus discípulos, cuando lo normal hubiera sido sólo lo inverso. Yo soy un testigo de esa fidelidad de don Daniel a sus discípulos. Yo le he oído hablar de la pintura y la persona de Clavo, de Caneja o de Pepe Caballero —pintura que nada tenía que ver estilísticamente con la suya— con un entusiasmo casi juvenil.

Eso es muy raro, sobre todo en España. Los maestros casi nunca aprueban, ni pueden entender, las «desviaciones» de sus discípulos. Y es que, sobre todo en España, uno de nuestros pecados capitales es el de la falta de respeto a la juventud. Lo más emocionante del trato con Vázquez Díaz era esa fianza, ese respeto que él le concedía siempre a la juventud. Yo también soy testigo. Y eso, yo creo, era una consecuencia de la virtud principal de Vázquez Díaz, una virtud que muy pocos le han sabido ver, confundidos por la hojarasca de un anecdótico pintoresco, tal vez pernicioso: la peculiaridad personal que yo creo capital en Vázquez Díaz era la de la generosidad. Su pintura fue una consecuencia de ello.

Yo también era de los que le reprochaban a Vázquez Díaz el no haber llegado hasta el cubismo, en la época en que podía haberlo hecho perfectamente. No hay que olvidar que Vázquez Díaz llegó a París en 1906 y salió de allí en 1919, y que tuvo contacto íntimo con todos los que fueron protagonistas de aquella aventura. Hay que tener en cuenta, además, que su pintura personal parecía estar íntimamente predispuesta para esa aventura. Y, sin embargo, no se decidió. No se decidió... ¿por qué? Porque entre las apatías, las necesidades pictóricas íntimas de Vázquez Díaz estaba la de hacer la historia: la de ser testigo de la historia de su tiempo, de la manera que mejor podía hacerlo por su situación: retratando a los hombres de su tiempo.

La vocación de cronista e historiador de Vázquez Díaz no fue definitivamente contradictoria de su vocación filocubista: gracias a la geometría, a la que él sometió a cada uno de los personajes únicos que reflejó en sus retratos, él consiguió encontrar en cada rasgo íntimo y personal la ley general y universal que constituye el código de los hombres. Vázquez Díaz fue, por eso, un humanista.

Su sentido del paisaje estaba en relación con eso. Vázquez Díaz, al geométrizar el paisaje, en realidad no hacía más que someterlo a la ley de los hombres. Vázquez Díaz se sentía paisajista de manera especial en el país vasco, país al que él amaba tanto.

Sin dejar de ser profundamente andaluz, era un vasco voluntario. Amaba, con verdadera pasión, a aquella tierra, sus paisajes y sus hombres. Acaso por esa liberalidad hacia otras tierras era, yo creo, profundamente andaluz. ■ J. M. M. G.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyas, R. López Góicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Riviere, José Monleón, J. M. Moreno Galván, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.